

# MIRILLAS

El horror es impronunciable. Se resbala entre los recovecos de los abrigos mal abrochados, como frío anidado, como las mentiras. El horror no deshabita los lugares que conoció, ni recula ni un solo milímetro frente a lo relativo. El horror se duerme y se despierta, pero no descansa.

Caminamos museo adentro. No consigo recordar la fachada del edificio, pero la puerta es enorme y de madera. Aquí, en Lituania, en invierno anochece a las cinco de la tarde y el cielo apenas se distingue de las nubes. Los días son gris amianto y la luz se refleja sobre la nieve. Está oscuro fuera cuando alcanzamos el museo. Llegamos veinte minutos antes del cierre y el objetivo es claro, bajar directamente a la prisión. La palabra genocidio es explícita, letal, pero ni siquiera sé dónde me encuentro. Nadie me pregunta dónde está el horror.

Las paredes, puertas, picaportes, suelos son las mismas que aquel agosto de 1991 cuando los soviéticos la abandonaron y Lituania recuperó su independencia. Desde entonces *solo* es un museo, una pieza de un puzle, un testimonio palpable. Todo está sucio y desgastado, damnificado por el peso de los años.

El paseo ocurre como en un documental. Somos cinco espíritus correteando por la prisión del museo de las víctimas del genocidio en Vilna.

- Aquí encerraban a los recién llegados y allí se vestían los prisioneros.

Jennifer ya ha estado en este lugar, estuvo aquí hace dos años y ahora se para estratégicamente en cada puerta para mirar y explicar pedazos de historia.

Nos encontramos frente a tres salas vacías, casi demoniacas, oscuras y con una puerta con una mirilla para observar por dentro. Tres salas donde está permitido colarse, cerrar los ojos y guardar un minuto de silencio.

- En estas habitaciones dormían unos encima de otros. Se les permitía salir una vez al día a los baños, pero el resto de necesidades tenían que hacerlas en un cubo dentro de las celdas. Ni siquiera podían hablar entre ellos, sino se les castigaba y se les aislaba durante semanas.

Entramos en una celda y nos tumbamos sobre una de las camas de metal, dura y fría como la verdad. Los nazis también estuvieron aquí, la Gestapo ocupó el edificio durante la Segunda Guerra Mundial y desde 1940 fue una prisión. Cincuenta años en las que 18 millones de personas fueron detenidas por el Gulag. Unos y otros. Horror y terror, y un avaro viceversa.

Ana se aleja, mientras el roce de sus pantalones hace ruido mientras camina. Se para frente a una nueva habitación y pregunta.

- ¿Qué es este sitio?

Es una sala acolchada por todas sus paredes: puerta, suelos y techo incluidos.

- A esta sala traían a los presos importantes que no podían permitir que se suicidaran. – Responde un hilo de voz.

Una sala para evitar la muerte en medio de la muerte. Menuda ocurrencia. Menuda locura. Siento que el silencio nos cubre a todos como una sombra densa. Ana ya no hace ruido y nadie dice nada.

Llegamos a las duchas. Es una habitación con tres alcachofas fijas y las paredes emborronadas. Me imagino mil cuerpos desnudos frente a las paredes, pintando el contraste del desgaste humano y emocional con el de las paredes. Los carceleros miraban a través de nuevas mirillas en la pared y los observaban mientras se duchaban ambos, hombres y mujeres. Seguimos caminando mientras de algún modo que nadie entiende, lloramos.

Justo cuando Laura va a entrar en una de las nuevas salas, sale una chica de la misma habitación. El susto dura apenas unos instantes. Es otra turista que vaga por los pasillos de la prisión, mirándolo todo en silencio, como si el silencio pudiese alejarnos de este lugar. Me fijo en ella, encogida tras su bufanda, muy seria y con los ojos abiertos de par en par. No la conozco, pero me parece un lugar donde es terriblemente complicado sonreír.

Siguiendo el recorrido nos encontramos frente a una de las salas de tortura. A los prisioneros se les interrogaba allí de noche, mientras sufrían la tortura mental y física de sus carceleros. En esta sala en concreto hay un soporte en medio donde cabe una persona

de pie. Solo una. El resto de suelo está a otra altura. En este lugar obligaban a los presos a permanecer sobre el soporte. Un paso desafortunado, una cabezada, o un movimiento en falso los hacía tocar el agua hirviendo que los rodeaba. Dolor hasta el agotamiento.

El patio nos da aire a todos. Ha anochecido completamente, y la prisión parece un cementerio. Está todo cubierto de nieve que se ha depositado en el suelo con una textura que finge el vallado que hay por techo. Hace frío y parece una libertad falsa y premeditada para no dejar de doler. Los cubículos del patio, medio descubiertos por la parte superior son todos idénticos y hay un banco en el medio de todos ellos, cubierto también de nieve. Antes de huir también de allí, le damos varias vueltas sin mucho sentido.

- Con solo un pijama encima, debían morir de frío en invierno. – concluyo.

Volvemos al interior de las instalaciones. Entre sala y sala, descubro una estantería llena de libros. Me llega a parecer hasta un consuelo encontrarlos allí. No los entiendo, ni siquiera son lecturas libres, pero ahí están. Dorso con dorso, en aquellas paredes tan tristes. Me quedo mirándolos, pensando en cuanto me gusta pasar hojas, devorar letras, reinventar otros mundos y en las alas que me crecen solo con sentir que existen. Antes de darme tiempo a alcanzar uno de los libros, Nacho aparece con un cuadernillo entre las manos.

Pasa sus hojas con cuidado mientras nos las enseña. Es la colección impresa de Solomon Gershov, un artista que vivió bajo el sistema represivo de Stalin. Solomon fue uno de los muchos prisioneros políticos en Vorkuta (Rusia) que dedicó gran parte de su vida a pintar e inmortalizar caras y caras de aquellos que compartieron un mismo destino. Pasamos las hojas del cuaderno: un lituano, un dentista, un judío, un obrero, un cocinero, una costurera, un hombre que duerme... Los trazos son sencillos, los dibujos casi esquemáticos en algunos casos y las miradas de los rostros, un misterio. Apenas tienen colores, están pintados a lápiz y algunos incluyen acuarelas de tonos apagados. En las imágenes de sus obras se puede distinguir que el soporte sobre el que pintaba era probablemente cualquier papel que encontraba.

La última de sus obras es un autorretrato suyo. Esta obra es más colorida que cualquiera de las otras: combina azules, grises y tonos ocres. Bajo su rostro que es el rostro de un hombre de mirada impasible e inexpresiva, aparecen cuerpos, unos seguidos de otros.

Todos ellos son un montón de siluetas grises sin cara, rellenas de trazos sueltos y dispuestas en fila caminando hacia algún sitio fuera del dibujo.

Nacho señala la imagen y comenta:

- En el cuadernillo dice que cuando su mujer le preguntó que cómo fue capaz de sobrevivir ocho años en prisión, su respuesta fue: *“Imaginaba que nada de aquello me estaba sucediendo a mí, sino que estaba observándolo desde fuera.”*

Pienso que es gracioso, la mente de aquellos que sufren y la mente de los artistas. Ambos son capaces de abstraerse de la realidad y decorar el mundo que no existe. Ambos necesitan esa otra realidad para tenerse en pie. Quiero poder imaginar lo que implica ser ambos en esta o cualquier otra prisión. No puedo, pero me convengo de que aunque puede que el arte no salvara ni salve a personas directamente, es capaz de hacer un hueco, una pausa merecida en la historia. El arte que nace del dolor mueve masas, da fuerzas, reivindica y da la voz por todas las personas que ya no la tienen. Cerramos el cuaderno con una sensación extraña y nos acercamos al final de la visita.

La última sala de la prisión es el esperado destino. Aquel lugar que sí y que no. La sala donde se apretaban los gatillos y se limpiaba la sangre de los cuerpos con un cubo de agua. La sala donde la pared aún guarda algunos huecos de balas y la vergüenza seca. La sala donde terminaron de morir los sueños de millones de personas.

Recaigo en que todas las habitaciones están custodiadas por una mirilla. Baños, celdas y salas de tortura donde los prisioneros morían lentamente mientras alguien los miraba. Creo que las mirillas son la metáfora del horror que siento y he sentido dentro de estos pasillos. Uno no sabe ni donde mirar.

Antes de irnos, Nacho se para frente a una última mirilla. Se acerca despacio para mirar en su interior y solo dice:

- Mirad.

Miro sabiendo lo qué voy a encontrar. Sé que no es una mirilla inocente, colocada en este museo por mera casualidad. No es una mirilla que oculte nada al otro lado. Nadie me ha preguntado donde está el horror, pero yo sé la respuesta.

La última mirilla es un espejo.